

PREHISTORIA DEL TIEMPO

Ilya Prigogine (Moscu 1917- Bruselas 2003) mentor de la “Termodinámica No Lineal de los Procesos Irreversibles” (TNLPI) fue galardonado en 1977 con el premio Nobel de Química en especial por la elaboración del concepto de “estructuras disipativas” (1967) que revolucionó la ciencia de la Termodinámica (La Teoría del Calor, sus flujos y transformaciones) Usó y complementó el desarrollo de la Teoría del Caos, la física post-relativista y las epistemologías no lineales. Ese corpus de ideas desde aquel momento ha cambiado el rumbo de la ciencia con más o menos resistencias. Hace veinte años, cuando Prigogine visitara Argentina, fui a escuchar la conferencia que dio en el Aula Magna del Museo de Ciencias Naturales de La Plata (donde me formé como antropólogo), honestamente no entendí mucho pero salí encantado y abrumado por mis intrigas. Lo mío no eran las ciencias duras que por entonces consideraba ingenuamente en las antípodas de mis intereses. Pero él sería un “precursor-mediador” con las disciplinas menos prestigiosas desde la mira de aquellas cuya exactitud hoy es puesta en vilo.

Distinto a sus colegas contemporáneos, vivió inquieto por la filosofía, la música, la literatura, los estudios etnológicos y arqueológicos desde donde estableció -por ejemplo- que algunas Civilizaciones Precolombinas habrían anticipado la necesidad de reposición de energía en el universo: tema cardinal en su Teoría. Pero la cuestión que lo desveló y hacia la que avanzó fue la del Tiempo; de ahí sus títulos hasta “Entre el Tiempo y la Eternidad”. Creyó firmemente que la “Irreversibilidad” daba un mejor estatuto explicativo a las fluctuaciones biológicas y así estableció un abordaje nuevo a la superficie de encuentro entre lo inerte y lo viviente (Creatura & Pleroma). “La ciencia en general, sostuvo, está produciendo un re-descubrimiento de tiempo en todos sus niveles”

Para Prigogine, el Tiempo precedería al Universo. Esa “imagen” me atravesó. Después de una vida de pensar y cotejar algoritmos echó a rodar semejante idea contradiciendo, entre otros, al propio Einstein. Sólo estaba siendo congruente con lo que inscribía en la historia del pensamiento. La evolución de las ideas no consiste en superar a otras sino estrechar la correlación con lo real. Desplazar a otras explicaciones no es voluntario

sino necesario y de ninguna manera definitivo (le disgustaba la separación entre Filosofía y Ciencia)

Entonces conjeturé – pues desgraciadamente hasta hoy he leído poco de sus textos originales - que de ser así la Historia del Tiempo habría comenzado con la Prehistoria del Universo ¿Cómo representar una “Prehistoria del Tiempo”? ¿Cómo imaginar un tiempo en estado puro? La preocupación que desencadena semejante enunciado traspasa las membranas de la Física y no por culpa del genio de Prigogine. Así el misterio más profundo llegó a este pintor ignorante de todo protocolo científico hasta el límite que permite la licencia poética; el rango inasequible de lo real se extendía a “La Prehistoria del Tiempo” (se me ocurrió esta expresión para designar “eso”).

Por su tenor estos asuntos dejan balbuceando al más perspicaz de los mortales que no haga de los algoritmos mediadores de la ciencia su protectora especialidad.

En ocasiones fascinados secretamente por modelos tan descomunales e intangibles no podemos reprimir nuestra curiosidad y así la necesidad expresiva obra a ciegas. Una estrella no se puede tocar pero no por ello la ciencia ceja en su intento de acercarse y por lo pronto se contenta con inferir de su imagen espectral o bien telescópica. El otro modo, el del arte, consiste en construir un quimérico “satélite”, “espejo” o “ventana” que refleje algo de la luz estelar. Los artistas llegamos a la cima cuando logramos esa ilusión. Como cualquiera de mi especie intento indagar pintando; mientras dure mi ánimo esa es mi tarea. Lo intento no sólo por detrás del espacio visible sino también detrás del tiempo reversible del reloj mecánico e irreversible del biológico, allí en esa distinción Prigogine subraya el “papel creativo del Tiempo”, la fecundidad del Caos y la Entropía; asuntos que la experiencia artística conoce desde sus orígenes.

Hace falta suerte y la complicidad de otras miradas para que alguna obra logre transformar el impulso expresivo en un orden de sustancia pictórica que produzca el volátil espejismo de nuestros misterios. La belleza.

Por lo general mis muestras reciben el nombre de una pintura reciente (una especie de cuadro Alfa). La expresión (“Prehistoria Del Tiempo”) es improbablemente alegórica, algo tramposa y la pintura también: existe como falacia o truco pero ahí está: elaborada en un largo tiempo y producida en un instante. Podría también invocarse cerrando los sentidos y girando la mirada a un interior y profundo vacío pero esa no me pareció la mejor solución para una pieza pictórica. ¿A qué clase de insustancialidad alude el

“tiempo puro” previo a los “universos” parcialmente conocidos de “lo inorgánico, lo orgánico y lo simbólico”? y ¿qué encontraríamos antes del Tiempo? Con Ciencia o sin ella enloqueceríamos pensando; pero por cierto ese belga de origen ruso no desestimó la existencia de “diferentes tiempos” y con ello “múltiples universos”; “Cada ser complejo está constituido por una pluralidad de tiempos” sostuvo. Quiero aclarar que cuando uno se refiere a un sujeto científico, se refiere a un miembro de una comunidad intersubjetiva y en evolución, sujeta a tensiones propias en un “medio cultural” que antepone la rentabilidad al saber (el mismo medio en que el arte occidental alienta al individualismo, desafortunadamente algo muy distinto a descubrir al sujeto). Al nombrar a Prigogine nombro a una legión de sus pares.

Desde mi lugar, tan lejano a la vastedad admirable de textos y hombres que recrean evolutivamente el conocimiento científico (racionalizando, pero con cierta razón), supongo que antes de pretender discernir con la “cadena reflexiva” siempre es bueno dejarnos tocar por “la metáfora integradora”, lo que G. Bateson (el gran cuestionador del abuso de los modelos fisicalistas clásicos en biología y ciencias humanas) también llamaba “la pauta que conecta” y desde allí preguntarnos por “nuestro tiempo y su valoración”. En medio de tanto “ignoramus et ignorabimus” no hay porque caer en el desaliento o perder curiosidad. Muchos lo han sostenido y realizado: se puede construir un saber por la poesía, podemos buscar respuestas en “la belleza” por linda o fea que resulte “la cosa” o eso con estatuto de “no cosa”. La cadena reflexiva además de poco confiable tiende al infinito pero “nuestro tiempo” no.

El arte saca al sujeto de su sujeción a una coordenada corporal, espacial y temporal, y su “ilusión” es uno de los mejores recursos para desafiar a aquel “poder” que consume a diario nuestras vidas prometiéndonos el “control” incluso el del paso del Tiempo a cambio de consumir fetiches. En la primigenia “Prehistoria del Tiempo” anterior al Universo físico no hay Poder posible, pero otra “Prehistoria del Tiempo” transcurre hoy en nuestro “Universo Viviente” y en nuestra vida cotidiana, “donde una idea puede ser una causa” y desde esa instancia, afortunadamente, para uno o muchos sería posible re-fundar su tiempo e historia, por ejemplo cuestionando la entidad del “poder” y sus excesivas metáforas.

Estos enunciados no pretenden ser originales (Prigogine, Levi Strauss, Bateson, Lahitte, sí lo son y sin su autorización balbuceo en soledad donde ellos y otros sostienen en

tensa comunidad). La intención de originalidad ha sido depositada en la pintura donde no pierdo la esperanza de lograr cada tanto algo tocante.

Marcelo G. Rizzo – Octubre de 2014